

para perdonar las fallas. Las antologistas, sin duda entusiasmadas por divulgar, al fin, obras de teatro escritas por mujeres, descuidaron tal vez sus más estrictos criterios. Repetimos una vez más nuestra firme convicción: en cualquiera de las profesiones a las que la mujer tiene ahora abiertas las puertas, ser mujer no es suficiente.

FERNANDO GONZÁLEZ CAJÍAO

Antología que no lo es

Poetas en Antioquia 1966-1826

Luis Iván Bedoya M. (selección, presentación y notas)

Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Publicaciones Especiales, Medellín, 1991, 202 págs.

Son pocas (apenas cuatro) y deficientes las antologías que se han realizado de la poesía antioqueña, más tres selecciones de textos que reúnen prosa y verso.

A la poesía la ha perjudicado su definición como género, puesto que por ese método ella misma se ha segregado de la literatura, y a los poetas no se les considera entre nosotros como escritores, sino como loquitos, en el más benévolo de los casos.

Las selecciones que reunían prosa y verso se hicieron así en una época en que la poesía era escasa, y además no existía el prejuicio que existe hoy contra la poesía, porque entonces no éramos cultos, y ahora, según dicen, hemos empezado a serlo.

El subgénero *reseña* no provee espacio para entrar en comprobaciones, propias del *ensayo* y el *estudio*, por lo cual la reseña se constituye en predilección de quienes acostumbran afirmar sin sustentar.

Sin duda sigue faltando una antología crítica, ya que las anteriores se limitan a una breve presentación destinada a disimular los verdaderos móviles del compilador: hacer resal-

tar su propia obra, congraciarse con sus contemporáneos, o tratar de ocultar a personas tan imposibles de ocultar como León de Greiff.

Una verdadera y útil antología de la poesía antioqueña debiera representar suficientemente cada época y cada poeta, e incluir el estudio analítico del conjunto, así como de las obras y tendencias. La que comentamos no pasa de ser otra selección muy precaria, inmediateista y caprichosa.

La poesía antioqueña, así se mire rigurosamente, no es tan pobre y opaca como para reducirla en un tomito, ni está hoy en decadencia, como la muestra el lamentable criterio del compilador.

No resulta serio presentar como el mejor poema de Epifanio algo que no es más que una simple curiosidad clínica de la época en que ya habían conseguido enajenarlo. Tampoco lo es, con respecto a quienes apenas han publicado su primer cuaderno, escoger con ligereza, al arbitrio de las amistades y sin ninguna imparcialidad. Menos aún, claro está, resulta serio desconocer a la mayor parte de los poetas muertos, que son el verdadero sustento de la poesía antioqueña, para exhibir a quienes apenas comienzan y no se sabe si proseguirán. ¿Por qué Judith Nieto en lugar de Blanca Isaza de Jaramillo Meza; o por qué Jorge Marín en lugar de Francisco Ignacio Mejía, o Manuel Uribe Velásquez, o Ricardo Campuzano? Así está toda la "antología", como si *antología* viniera de *antojo*. Eso no tiene explicación que valga. No es cuestión de nombres. Es cuestión de criterio.

Ese criterio, exigible a quien da a la publicidad una antología, no está debidamente expuesto y no se sabe por qué la selección se sitúa en los ciento cuarenta años que van de 1826 a 1966, como si José María Salazar (por ejemplo) no hubiera nacido en Rionegro. Empezar con Gutiérrez González no es en sí un desacierto, pero los lectores del libro se preguntarán por qué.

Elegir de Epifanio *Un canto salvaje* puede ser rareza y "originalidad", pero no es la actitud del crítico que conforma la antología de una

región y selecciona lo más representativo de sus poetas.

Existe en Medellín la consigna de no hablar acerca de lo que no pueda ser elogiado, porque todo juicio a una obra se toma como ataque a su autor. Tal criterio es eminentemente provinciano y más propio de niños mimados que de artistas conscientes y serios. Si hay una literatura, como decimos que la hay, tendrá que haber una crítica independiente e ilustrada. Sin la crítica que discute y evalúa nunca podremos llegar a justipreciar nuestro valor, ni conseguiremos orientarnos en la complejidad del trabajo intelectual. Seguiremos enredados en lo que Amílcar Osorio llamaba despectivamente *la culturita* y la literatura de Medellín.



A más del prólogo exiguo que no explica nada, y de que su intención no responde a la necesidad de la obra, el volumen anotado tiene otros efectos que una reseña no debe pasar por alto:

Se echa de menos una *fe de erratas* para corregir las muchas faltas que por descuido demeritan el trabajo editorial. Las erratas son casi inevitables en los libros, a causa de la rapidez de los procesos modernos combinada con la ineptitud de los operarios, pero hay cierto límite que este volumen sobrepasa ampliamente. Citamos algunas, a manera de ejemplo:

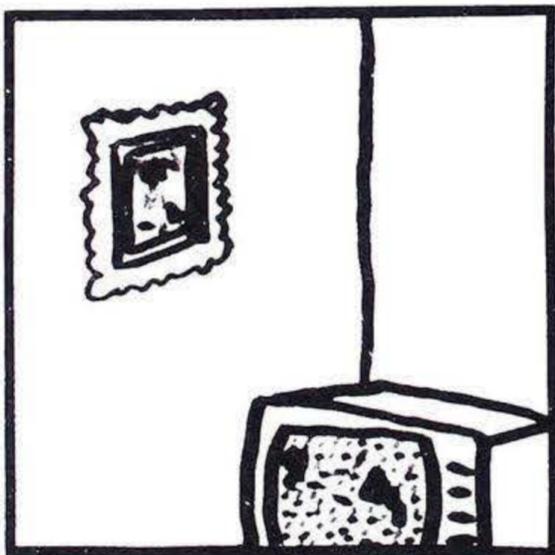
PAG.	DICE:	DEBE DECIR:
186	(1895, Sonsón, 1939)	(1895, Sopetrán, 1939)
178	Porque la ira	Porque la lira
177	el sol se avanza rayos de cenit sobre el nido	el sol avanza rayos del cenit sobre su nido

PAG.	DICE:	DEBE DECIR:
176	entonces el alma	entonce el alma
162	—y delicados—	—y dedicados—
161	sírvame un rayo!	sírveme un rayo!
152	manufactureros de fugaces versos	manufactores de ...
131	que cuando se muriera	que cuando muriera
84	en casa de una de mis tías	... de mis tías
42	Fernando Macías Eha, monaguillo	Luis Fernando Macías Ea, monaguillo

Se cuenta que don Benigno A. Gutiérrez murió de infarto fulminante al encontrar errores tipográficos en su última edición.

El índice de primeros versos no tiene utilidad en este caso, puesto que, con escasas excepciones, no se trata de poemas memorables. Cuando se reduce un autor a uno o dos poemas, se impone la mayor exigencia. Tal parece que esta antología hubiera sido hecha para desacreditar a los contemporáneos, que palidecen ante León y Barba, ante Gregorio y Epifanio. Y sin embargo entre ellos hay buenos poetas, aunque por esta vez no se les hizo justicia. Ofrecer un solo poema de quien ha publicado diez o más libros no es componer una antología sino abrir una alcancía con centavos. Mayor pobreza, imposible.

La transcripción del verso largo o versículo sin separar sílabas lo desfigura, lo deforma, lo despedaza, lo parte en semiversos.



Infortunada o afortunadamente, una reseña tiene su límite, y en consecuencia deberemos archivar diez páginas de notas acerca de la obra en mención. Libro insignificante, anodino y apresurado, temeroso de los poemas largos que hicieron honor

a los grandes poetas. En la actualidad literaria de hoy, donde lo pequeño es la norma, los nuevos poetas se fatigan con ocho escuálidos versitos.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

No sólo de esperanza vive la poesía

La dádiva

Elkin Restrepo

Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Publicaciones Especiales, 1991.

El año pasado Elkin Restrepo dio a conocer una selección de sus sueños (así como suena), de la que ya nos ocupamos en su debido momento. En esta oportunidad se trata de *La dádiva*, libro que aparece, paradójicamente, en una colección titulada Publicaciones Especiales. Cabe la pregunta: ¿qué de "especial" tiene este libro? Trataremos, pues, de hallar el hilo venturoso que constantemente parece negarnos sus dones (o sus dotes). Una simple hojeada permite asociar estos poemas a una de las fuentes que, en la poesía contemporánea, retoman la preocupación religiosa desde el poema mismo. No me refiero a la poesía de inspiración comunitaria de Charles Péguy (1873-1914) ni a las odas de Paul Claudel (1868-1955), sino más bien a la *experiencia verbal* que busca unir la "escisión" de Occidente, digamos, con la "sabiduría" de Oriente (para seguir con la retórica). Pero no es tanto la *experiencia religiosa* como la representación de una singularísima vivencia a través del poema. Pienso, entonces, en Thomas Merton, o en Brother Antonino. O en *Gethsemani, Ky* (1960), de Ernesto Cardenal. Pero como esta vivencia no tiene restricciones de culto (y en este sentido el *satori* del zen caería como anillo al dedo), es más que recomendable la

lectura que del *instante* hacen un poeta como Octavio Paz y un prosista como Albert Camus¹. No haría falta ir tan lejos, en verdad, si se tratara de comparaciones. En *Los emisarios* (1984), de Alvaro Mutis, hay un poema sencillamente extraordinario (*Una calle de Córdoba*) que termina con estos versos: "Concedo que los dioses han sido justos y que todo está, al fin, en orden. / Al terminar este jerez continuaremos el camino en busca de la pequeña sinagoga en donde meditó Maimónides / y seré, hasta el último día, otro hombre o, mejor, el mismo pero rescatado y dueño, desde hoy, de un lugar sobre la tierra".

Me parece revelador que el poema que da título al libro de E. Restrepo trate sobre una visita a un lugar sagrado (aquí no sinagoga: templo musulmán). La entrada en el recinto, motivada por la curiosidad, deviene experiencia única —"como quien no despierta de un sueño"— y simetría borgesiana:

Cada punto podía ser el comienzo o el fin y cada columna, trabajada como una joya, el aspecto inusitado de una idea maravillosa de Dios. De un Dios, cierto, lo comprobaba a cada paso, cada que se detenía a mirar un detalle cualquiera de tan espléndida arquitectura, que no tenía rostro ni se servía de imagen alguna y que más bien, para mostrarse, acudía a una perfecta matemática, a una serena abstracción [pág. 48].

Con esto me afano en la constatación: una de las puntas de toda poética es, se supone, el separarse de una fuente lingüística que puede ser la tradición o cualquier obra en particular. Hablamos de lo deseado y no de los logros (las más de las veces, tristes realidades). En el pasaje citado convergen, entre muchas, la vena estilística del autor de *Las ruinas circulares*, amén de una reflexión que, a modo de cierre, abarca tanto a Borges como a Mutis:

Se sintió entonces conmovido y, como un peregrino llegado